
editorial

IX

Hacia las autopistas de la (in)formación

Desde hace meses, los gurús de la cibercultura, encabezados por Nicholas Negroponte, nos predicen cuáles serán los dos motores básicos del futuro de Internet: la formación y el comercio. De cumplirse esta predicción, las indefinidas «autopistas de la información» llegarían a ser unas fértiles «autopistas de la formación», donde los ciudadanos tendrían un amplio abanico de oportunidades para su desarrollo formativo. Esta idea entronca con el énfasis que desde diferentes instancias se pone en la necesidad de una formación permanente a lo largo de toda la vida.

Es aquí donde se abre paso con fuerza la enseñanza a distancia, a la que prefiero referirme como enseñanza no presencial: la distancia separa y las tecnologías nos ayudan a romper las barreras del tiempo y del espacio. Esta modalidad de educación siempre se ha servido de las tecnologías que estaban disponibles en cada momento: desde el correo a las redes telemáticas pasando por los medios de comunicación audiovisuales.

En este nuevo escenario de entornos y necesidades formativas, encontramos la necesidad de que las universidades se abran más a la sociedad. En esta línea, hoy en día ya nadie duda, ni dentro ni fuera de la Academia, del papel de extensión cultural que deben tener las universidades, más allá de los estudios reglados que ofrecen en estos momentos.

La voluntad de extensión del saber y de la cultura, consubstancial a toda universidad, creo que entronca hoy decididamente con el énfasis que en los más diversos foros se da a la necesidad de una formación permanente. Tal y como sugiere Jacques Delors en su informe sobre el futuro de la educación en Europa, «todas las universidades deberían ser abiertas», es decir, deberían facilitar el aprendizaje en momentos diversos de la vida de las personas y sin necesidad de asistir a un centro docente. Tratando la universidad como un lugar de cultura y de estudio abierto a todos, la Comisión Europea quiere reforzar su preocupación central: la educación durante toda la vida.

Pero cabe advertir que las soluciones nuevas deben no sólo mejorar viejos planteamientos sino dar respuesta a nuevos problemas. Si la democratización de la sociedad ha permitido que las demandas de formación sean masivas, la necesidad de formación se da hoy a lo largo de toda la vida de las personas. La baja natalidad que empieza a afectar al sistema escolar contrasta con la explosión de demandas formativas de los adultos que precisan de reciclajes, así como de reconversiones o adaptaciones a nuevas tecnologías o profesiones. De esta manera, la formación universitaria ha dejado de ser una forma minoritaria de formación inicial para pasar a ofrecer hoy todo tipo de enseñanzas post-obligatorias. Todo esto requiere una gran flexibilidad y un replanteamiento pedagógico cada vez más abierto. Y sólo de la mano de la tecnología podrá satisfacerse esta demanda creciente de formación permanente, ubicua y a distancia. El cambio en la demanda y el cambio en los medios nos lleva a una redefinición del rol del profesorado, a una progresiva evolución de la magisteralidad hacia un management participado del aprendizaje —una labor de guía y ayuda— que haga posible el descubrimiento activo y personalizado de los conceptos y los métodos.

La conversión de las «autopistas de la información» en «autopistas de la formación» daría a éstas un aire más humanista, más cercano a las necesidades de nuestra sociedad. Una sociedad en la que los rápidos cambios hacen indispensable mejorar la calidad y la flexibilidad de nuestros sistemas educativos y de formación, a fin de dar a cada uno la posibilidad de poner al día sus conocimientos. Se haría así realidad que se pueda estudiar desde cualquier lugar, en cualquier momento, a cualquier hora y al ritmo que cada cual desee.

Gabriel Ferraté